

DON ANFILOQUIO

Don Anfiloquio, que venía siendo un hombre terrible, siente que se acrecienta su terribilidad. Pero a la vez se siente decepcionado. Esperaba más, mucho más. «Esto no es lo convenido—murmura—; esto va muy despacio.»

Don Anfiloquio cree que hay que barrer mucho, pero mucho. «¡Palo! ¡Palo! ¡Palo!»—exclama—. «Pero con el palo no se barre...»—nos atrevemos a insinuarle—. Y él replica: «¡Palo! ¡Palo! ¡Palo!»

A don Anfiloquio no le ha satisfecho la supresión de los antiguos Ayuntamientos. Cree que antes se les debió procesar a todos, absolutamente a todos, y a algunos concejales se les debió meter en la cárcel. «¿Sin pruebas?»—le preguntamos—. Y replicó: «¡La acusación vendría después!»

Don Anfiloquio habla de aquellos a quienes acusa unánimemente la opinión pública de la nación toda. Y cuando le decimos que en España no sólo no hay unanimidad para nada, sino que, desgraciadamente, ni hay opinión pública, y que el silencio *—sobre todos cuando es impuesto—* no es otorgamiento, replica: «¡Hay que hacer patria!» Porque este es el estribillo con que se despacha don Anfiloquio.

Está furioso porque los antiguos concejales no se han resistido a la orden de su destitución. «¡Cobardes, más que cobardes!»—exclama—. Y al saber que algunos hasta han dado las gracias, manifestando que se alegraban de que se les relevara de una pesada carga, ha exclamado: «A éstos yo los procesaba.» «¿Y por qué?»—le preguntamos—. «¡Por la burla!»—gritó—. «¿Ironías a mí? ¡A mí no me habrían venido con ironías!»

El otro día se nos ocurrió la diabólica idea de hablarle a don Anfiloquio del proceso Dreyfus en Francia, y del famoso *bordereau*, y de cómo tuvieron que defender a Dreyfus muchos que no simpatizaban con él, que no eran sus partidarios, que

no estaban convencidos de su inocencia, pero que no podían tolerar los procedimientos que en Francia se siguieron para mantener *el dogma de la infalibilidad castrense* y el injusto principio de la convicción subjetiva, y don Anfiloquio, que no había oído hablar de Dreyfus, gritó: «Déjeme usted de paradojas y de cosas de extranjería... ¡Palo! ¡Palo! ¡Palo!»

A don Anfiloquio le parece que el Directorio procede con excesiva cautela, con blandura y con lentitud. «Debió ya haber publicado en la *Gaceta* las culpas de algunos...» «Pero, hombre—le dijimos—, para eso antes hay que reunir siquiera indicios, ya que no pruebas...» «¿Indicios?»—gritó—. «¿Indicios? No me venga usted con camelos. Eso de los indicios es una invención de intelectuales. Aquí lo que hace falta no son indicios, sino...» Y soltó una grosería. Una grosería muy castiza.

Don Anfiloquio empieza a temer que andando el tiempo vuelvan las aguas a su viejo cauce. A don Anfiloquio le irrita que los obreros no hayan declarado ya la huelga general revolucionaria. «¡Se hacen el muerto!»—exclama.

A lo que no le da demasiada importancia don Anfiloquio es a lo de obligar a todos los oficinistas a acudir puntualmente a su oficina, y no le da importancia porque él, que es oficinista, y no comerciante ni rentista, sabe que los que no asistían eran una insignificantisima porción, un número sin importancia.

El, don Anfiloquio, por su parte, no faltaba ni un solo día, aunque para el servicio público mejor sería que no asistiese. Porque don Anfiloquio, que es escribiente en una oficina pública, escribe con asiduidad, pero de tal modo, que hay que romper lo más de lo que escribe y volverlo a escribir. Porque don Anfiloquio, funcionario asiduo, no sabe ni copiar sin faltas lo que le ponen delante.

Miguel DE UNAMUNO

